

e incalculable a la creación de aquello que hoy llamamos la cultura centroeuropea. En calidad de comerciantes e intelectuales, o bien como hombres de ciencia, escritores o artistas de toda índole, no sólo fueron actores y creadores, sino sobre todo observadores críticos que con su conformidad iniciaron primero y posibilitaron después los diferentes avances.

No puedo decir que tuviera entonces tanta conciencia de todo eso como ahora. Pero cuando Paul Celan se cruzó en mi camino, le tomé simpatía a primera vista, ya que ambos proveníamos de un mismo mundo. Los dos habíamos participado en los llamados «Jours», en los que, acompañados de café y pastel, leíamos poemas a las muchachas de pelo largo y blusas blancas, sayas azul oscuro y zapatos de charol, mientras charlábamos con ellas acerca de un mundo mejor y más humano. De esos sueños no resultó nada. Durante la guerra y después de ella, ambos nos vimos cara a cara con los estúpidos destructores de esos sueños, y eso probablemente nos unió como fortuitos sobrevivientes de una catástrofe total. Compartíamos los mismos puntos de vista sobre los nazis o los comunistas, ya no abrigábamos ilusiones, pero a pesar de ello conservábamos aún ciertas esperanzas sin las cuales no hubiésemos podido seguir viviendo.

Yo, por lo visto, fui más adaptable que él, ya que después de perder mi patria también renuncié al idioma de mi infancia y comencé a escribir en alemán, una lengua que oí por primera vez de boca de mi abuela griega, cuyos antepasados, curiosamente, provenían de Viena, donde una vez existió una gran colonia griega. Aunque sabía alemán, en los años treinta me negué a utilizar un idioma que, en mi opinión, Hitler y compañía habían profanado. Pero entonces, bajo nuevas circunstancias, estuve dispuesto a servirme de esa lengua como medio de expresión y comunicación. Con el tiempo llegué a pensar que había hecho una virtud de la desgracia al poder expresarme con su ayuda de una manera mejor y más precisa que en cualquier otro idioma. Debo haber sido un tanto perverso, pues el idioma no es más que una convención destinada a facilitar la comprensión o la confusión entre los seres humanos.

Paul no necesitó apropiarse de nada: el alemán era su idioma materno. Aunque era la lengua de los asesinos de su madre, insistió en servirse de ella para decir cosas que resultaban en extremo desagradables para oídos germanoparlantes. Todavía dará mucho que reflexionar su verso «Es la muerte un experto alemán» del poema «Fuga de muerte».

Pero como los austríacos eludían todo aquello que pudiera recordarles su complicidad en los crímenes de Hitler, dejaron poco espacio para ese tipo de versos y mucho menos para gente llegada desde cualquier perdido rincón buscando refugio entre ellos.

No cabe duda de que Paul Celan habría podido hacer una respetable carrera en Francia, el país adonde fue a parar finalmente. Se habría readaptado y habría comenzado a escribir en francés, como hicieron Panaït Istrati o Eugène Ionesco, también oriundos de Rumania, pero que no estaban tan contaminados con la lengua alemana como él. Por eso tuvo que conformarse con una plaza de lector en una universidad parisina o en uno de sus institutos. Además del francés, Celan dominaba muy bien el alemán, el rumano, el ruso y el inglés.

Su voluntario aislamiento fue la causa de que tardara algunos años en ser conocido en Alemania, y eso tampoco ocurrió gracias a su propia iniciativa. Esta la tomamos algunos de sus amigos en Viena: Ingeborg Bachmann, Reinhard Federmann y yo. Le propusimos a nuestro nuevo amigo en Alemania, Hans Werner Richter, que invitara a Paul Celan a la próxima reunión del Grupo 47, llamado así según el año de su fundación.

Se trataba de un círculo flexible de escritores e intelectuales liberales de izquierda que se reunían primero dos veces al año, luego una vez, para leerse mutuamente sus textos y debatir sobre ellos. El grupo surgió después de una reunión del consejo editorial de *Skorpion*, revista que la administración de ocupación norteamericana prohibió antes de salir a la luz, ya que las opiniones de sus colaboradores le parecieron demasiado liberales, aun cuando ellos mismos enarbolan la libertad en mayúsculas en su estandarte. La libertad parece ser un concepto bastante polisémico. Los miembros del Grupo 47 se reunían al menos regularmente para ejercitarse en la libertad de expresión y en la libre crítica. No era más que eso, pero era mucho en una época en que los frentes, apenas dos años de terminada la guerra más terrible conocida hasta entonces, comenzaban a formarse de nuevo belicosamente. La libertad se hallaba ubicada en algún sitio intermedio cuando encontraba suficientes adeptos en un espacio cada vez más estrecho.

No sé si Hans Werner Richter tenía por entonces conciencia de todo esto. Él actuaba por instinto, y el suyo era muy atinado. No tenía para nada el aspecto de un alemán, pero eso es lo que menos importa. La raza germana rubia y atlética fue un invento de un austríaco ordinario que hizo suya esa idea y la divulgó, y cuyo nombre era Adolf Schickl-

gruber, alias Hitler. Él mismo era de mediana estatura, moreno, con una complexión nada atlética y usaba una arreglada escobilla de baño debajo de su narizota de tubérculo. Pero pronunciaba frases sobre la grandeza y la singularidad de la nación alemana, y muchos que pertenecían a este desdichado pueblo se creyeron realmente seres elegidos y lo siguieron a la catástrofe que él, como austriaco de origen, ya había avizorado desde un principio.

Entre sus muchas víctimas se encontraba también Hans Werner Richter. Aunque estuvo en distintos frentes tuvo la suerte de salvar la vida, y trataba por entonces, después de haber sido despojado de una docena de años de su juventud, de sacar una especie de balance, algo a lo cual no estaban dispuestos muchos de sus compatriotas.

Hans Werner Richter era en su aspecto tan poco nórdico como muchos otros alemanes. Era más bien bajito, regordete y de ojos oscuros, tampoco sus criterios eran típicamente alemanes. O tal vez sí, eran típicos de cierto círculo de intelectuales alemanes, antiguos comunistas o socialdemócratas que después de las experiencias con las dictaduras de derecha e izquierda andaban en busca de un nuevo camino o, más exactamente, de una salida. Por lo demás, Hans Werner Richter, aunque nacido a orillas del Báltico, poseía el carisma de un europeo del Sur.

Con un afán incansable y una insaciable curiosidad andaba en busca de amigos y personas con similares criterios no sólo en Alemania, sino también en los países vecinos. Así llegó a Viena, donde conoció a Ilse Aichinger, Ingeborg Bachmann y a Reinhard Federmann. Y donde también oyó hablar de Paul Celan, que vivía en París y escribía poesía en alemán.

La reunión del Grupo 47 en la que Celan participó por primera y última vez, tuvo lugar en Niendorf, a orillas del Mar Báltico. El anfitrión fue la Radio Noroccidental Alemana, cuyo director artístico por esa fecha era Ernst Schnabel, quien se sentía como un miembro más del grupo. Yo ya tenía algunos amigos entre los participantes, pues un año antes había estado en la reunión celebrada en Bad Dürkheim. Paul, por el contrario, llegó a un mundo totalmente extraño y hostil del cual hasta entonces sólo había conocido su lado negativo. No supo comprender del todo que allí se encontraba entre amigos, gente perteneciente ella misma a una minoría. Los jóvenes literatos vieneses, entre los cuales se encontraba nuestro amigo y promotor Hans Weigel, hombre algo más maduro, arribaron a Hamburgo provenientes de Munich con otros participantes del sur de Alemania. Llegaron en un autobús de

la Radio Noroccidental que había recogido por el camino a varios escritores de Alemania Central y del Norte. El autobús nos descargó en Niendorf, donde vivimos en una especie de pensión u hotel de los sindicatos. Desde la ventana teníamos vista hacia el mar plumizo y hacia las cabinas de cortinas a rayas plantadas en la arena gris. Todo parecía a la espera de unos bañistas que no se veían por ninguna parte, ya que a principios de mayo todavía hace bastante frío en esa región.

Como en todas las reuniones anteriores, después de los saludos generales y afectadamente alegres, pronto comenzaron a formarse grupos que intentaban llevar adelante su propia política. Era inevitable que las miradas de los participantes alemanes –entre los vaivenes de la literatura– se fijaran casi automáticamente en las dos bellas y jóvenes participantes austríacas, Ilse Aichinger e Ingeborg Bachmann, tanto más cuanto que ambas eran en verdad muy talentosas. En comparación con ellas, palidecía cierto talento del sexo masculino, por muy buenos manuscritos que hubiese traído en su ruinoso equipaje. Fue así que Paul Celan se quedó en la estacada.

En ese sentido debo confesar que Celan no leyó muy bien sus poemas, tampoco «Fuga de muerte», aún desconocido en Alemania. Más bien los leyó penosamente. Las dos jóvenes damas tampoco eran mejores intérpretes de sus trabajos, pero tenían a su favor una mejor posición de arrancada. Tal fue así que ese año Ilse Aichinger recibió el Premio del Grupo 47, y un año después lo recibió Ingeborg Bachmann. No quiero ni por asomo adentrarme aquí en discusiones de carácter literario –sigo queriendo y estimando a esas dos muchachas que, para mí, seguirán siendo muchachas hasta el final de sus días y aun después de su muerte–, pero el poema «Fuga de muerte» de Paul Celan supera en mi opinión volúmenes enteros de buena e, incluso, muy buena literatura.

Resulta muy difícil describir la situación en que se vio envuelto Celan allí. Tan complejos y confusos como sus sentimientos lo eran también los sentimientos de los otros participantes, particularmente los de mi amigo Hans Werner Richter, que por lo visto había sucumbido al acerbo carisma de Ingeborg Bachmann y parecía reclamar para ella una especie de instancia protectora. Paul, que la conocía ya hacía algún tiempo de una de las visitas de la Bachmann a París, en las que se dieron gusto hablando sobre poesía y sobre locuras de toda índole, también reclamaba ciertos derechos sobre su talentosa e inteligente discípula. Pero su relación con Ingeborg, cual haya sido, tuvo lugar en un